

VIVIR PARA VER



Gestos, que no buenos propósitos

Justa Gómez Navajas

"Lo preocupante no es la perversidad de los malvados, sino la indiferencia de los buenos"

Martin Luther King

Ingenuamente, acaso, cuando comienza un año y se tiende ante nosotros como un cuaderno intacto, sin emborronar, con hojas esperando ser escritas a medida que vayamos transitando por sus meses, quisiéramos conjurar todos los males que acechan nuestro mundo y que el año hiciera honor a los deseos que nos intercambiamos en Navidad: que la felicidad nos rozara siquiera, que la salud no nos abandonase, y que el amor amenizara los días y nos cobijara o nos diera alas para sobrevolar los contratiempos. Pero, con frecuencia, al cabo de unas semanas, el choque brutal entre nuestros anhelos y la realidad da al traste con nuestros deseos, que quedan arrinconados hasta que, al comenzar el año que viene, volvamos a rescatar del olvido nuestros bien intencionados propósitos, pospuestos y aletargados durante doce meses. “De buenas intenciones está el camino al infierno empedrado”, dice el refrán. A los pocos días de empezar un año nuevo, las noticias nos siguen hablando de conflictos armados, de mujeres asesinadas por sus parejas, de dolor...Es entonces cuando los propósitos y las ilusiones puestas en el año empiezan a resquebrajarse, al ver que todo sigue igual y que hay que aceptar, a regañadientes, resignadamente, que la vida es así.

La condición humana es la que es: capaz de las mayores hazañas y de las conductas más abyectas. Y si hay algo que saque de quicio y desazone es la constatación de que la maldad existe y que la violencia no es siempre el desenlace de un arrebato o una ofuscación, sino una manera de ser y comportarse que, para algunos, se convierte en la única. Ante sucesos como los de Arriate, el caso Mari Luz o el de Marta del Castillo, y tantos otros, no se encuentra explicación. ¿Qué lleva a una persona a matar a otra? Enseguida pensamos que los autores quizás no estaban bien de la cabeza, que una persona en su sano juicio es incapaz de acabar cruelmente con la vida de otra. Nos resistimos a admitir que la maldad sin paliativos existe. Así como suena. Y que tiene muchas vertientes. También la indolencia de los buenos es, a menudo, una forma refinada de maldad.

Desarma ver cómo familias se deshacen por una herencia, cómo parejas se rompen y donde hubo amor se instala el odio y el desprecio. Y siempre asombra comprobar hasta qué niveles de hipocresía pueden llegar muchos que se tienen por modelos de conducta, personas de recta moral y apariencia intachable, y, a la vez, capaces de convivir con altos niveles de indiferencia hacia el sufrimiento ajeno. Hay cosas, sí, que, por desgracia, sabemos que no van a cambiar por más que

pase el tiempo. Entonces, ¿qué nos queda? Nos queda creer que podemos evitar engrosar el grupo de los indiferentes. No es momento de teorías. Desconfiemos de los que sólo saben hacer discursos vacíos de contenido. “Las palabras conmueven; el ejemplo arrastra”, decía Homero hace muchos siglos. Imitemos a los que engrandecieron nuestra condición humana, a quienes nos hacen sentir orgullosos de ser personas. No se trata de pensar que la felicidad ajena depende de nosotros, pero sí de ser conscientes de que un leve gesto o una palabra puede iluminar una existencia, despejar una duda, alentar un corazón dolido, reconfortar el alma. Y que, por tanto, en la medida en que no movemos un dedo por los que nos rodean, estamos cavando su fosa, contribuyendo a su desencanto, abandonando lo que más nos ennoblece. “El único verbo que da sentido a la vida es el verbo dar”, acostumbra a decir Adolfo Chércoles, un cura obrero, jesuita, de manos encallecidas y palabras sensatas, comprometido con su barrio marginal de Almanjáyár, en Granada. Desgraciadamente, sin embargo, son muchos los que nos hacen creer que “el hombre es un lobo para el hombre” (Hobbes). Habitados a eso, el altruismo se puede interpretar como una debilidad en estos tiempos. Parece que Dante se equivocó y que no fuera el amor, sino el dinero y el afán de poder, lo que mueve el sol y las estrellas.

Por eso, cuando el individualismo se agudiza, cobran valor determinados gestos de gente que decide salir al encuentro del otro, aunque eso les complique la vida. Hace unos días decía el periódico que unas cuantas personas anónimas se habían ofrecido para donar en vida un riñón a desconocidos. Y, poco después, un hombre en Granada grabó un vídeo en el que se podía ver cómo unos jóvenes agredían salvajemente a otros y denunció valientemente los hechos, exponiéndose a posibles represalias, que ojalá no tengan lugar. Entre la rutina hay a diario detalles que nos hacen caer en la cuenta de que no todo está perdido. Es sabido que si la crisis no ha causado mayores estragos es gracias a que *Cáritas* y otras organizaciones no gubernamentales están haciendo una labor impagable. Muchos son los que no se limitan a lamentarse sino que arriman su hombro y ofrecen su tiempo, su buena voluntad y su esfuerzo. No son héroes, no ocupan portadas, pero hacen el mundo más habitable. Desmienten aquello de que cada cual va a lo suyo, que, por desgracia, hemos comprobado más de una vez, y demuestran que hay gente sencillamente buena, como, seguramente, lo era la inmensa mayoría de las personas que hemos conocido en la vida. No deberíamos dejar que quienes nos quisieron mal, nos lastimaron o ignoraron, nos hagan perder la confianza en el ser humano.

En nuestras manos no está cambiar el mundo pero sí no contribuir a agrandar las injusticias que hay en él y no aumentar el pesar de otros con nuestro egoísmo o nuestra - engañosamente - inocente indiferencia. Va siendo hora de que pequeños gestos le ganen la partida a los buenos propósitos. En la aparente insignificancia de un detalle reside la justificación de un día o la razón de ser de esta vida. Si no, ¿qué nos queda? Atrevámonos a ser nosotros, sin el corsé del implacable “qué dirán”. Quizás sólo aminorando el malestar ajeno encuentre sentido nuestro deambular por este mundo y salvemos los días de una inercia que engulle lo mejor de nosotros y nos hace postergar siempre para mañana el bien que podemos – y debemos – hacer hoy. No esperemos más: “*La más larga caminata empieza con un primer paso*”, dice un proverbio hindú. Seamos capaces de darlo.